

quidad; pues bien, aguarda un poco, y verás cosas peores.

En aquel momento entró un diácono y dijo:

—Los rabinos de los judíos están abajo esperando. Les hemos hecho entrar por la puerta escusada, por temor de que el pueblo irritado....

—Bien hecho. Diles que suban. Pedro, añadió dirigiéndose á un familiar, lleva á este jóven con los parabolanos para que ayude al hermano Cleitofonte, que le enseñará bien. Dejádme solo.... Ahora véamos lo que tengo que hacer: cinco minutos de conferencia con estos judíos para exhortarlos á que procuren contener los excesos de su gente, sin lo cual no respondo de que los fieles irritados no se dejen llevar á otros excesos reprobables. Despues una hora para examinar las cuentas del hospital, otra para las escuelas, y media para los casos reservados de pobreza; otra media de oracion, y luego el servicio divino.... ¿Vienen ya esos judíos?

Y Cirilo se entregó á sus tareas con aquella energía incansable y aquel espíritu de abnegacion y de método, que á despecho de todas las acusaciones de

que era objeto, le conquistaba el amor y la obediencia de la multitud cristiana.

Así, pues, Filemon ingresó en la corporacion de los parabolanos, especie de visitadores de distrito; y en su compañía vió aquella tarde otra de las fases, la mas negra sin duda, del mundo que ansiaba ver. Miles de seres humanos de la antigua poblacion griega vivian en Alejandria en la mas espantosa miseria, sumidos en la pobreza, en la suciedad, en el desórden, en la ignorancia; feroces, descontentos, olvidados completamente de las autoridades civiles, hambrientos, corrompidos, y dando á conocer su existencia solo por medio de sanguinarios tumultos, que se reprimian tambien con crueldad. Entre esta poblacion, no sin rudeza tal vez, pero con intenciones piadosas, trabajaban los parabolanos noche y dia, y con ellos trabajó aquella tarde Filemon, proporcionando á unos alimento y vestido; llevando á otros al hospital; ayudando á llevar á otros al sepulcro; limpiando las casas infestadas, porque la fiebre era perenne en aquellos barrios, y consolando á los moribundos con la buena nueva del perdon celeste.

Era ya de noche cuando volvió á la celda que le habian destinado, y que se hallaba en un largo corredor, donde estaban tambien las de sus compañeros. Arrojos rendido de cansancio en una carriola ó cama pequeña de ruedas, y empezaba á ver en sueños á los godos danzando con los parabolanos, á Pelagia en figura de ángel con plumas de pavo real, á Hipatia con cuernos y piés herrados cabalgando á la vez en tres hipópotos y dando la vuelta al teatro, y á Cirilo echando bendiciones desde una ventana, cuando le despertó el ruido de corridas y gritos en la calle. Incorporose en su lecho, y oyó:

—¡Fuego, fuego! ¡la iglesia de San Alejandro está ardiendo!

Filemon se levantó; procuró recordar dónde estaba, y al fin, disipándose completamente su estupor, se echó encima la piel de cordero y salió al corredor á inquirir noticias.

El corredor estaba ya lleno de personas que habian acudido á despertar á los parabolanos, entre las cuales descolaba la figura de Pedro.

—¡Fuego, fuego! ¡Socorro, que se

quemara la iglesia de San Alejandro! gritaba la multitud dentro y fuera del edificio.

Todos salieron á la calle. Filemon, deslumbrado por la repentina transición de la completa oscuridad de su aposento á la claridad de la calle, alumbrada por la luna en un cielo puro y sereno, retrocedió un paso, y de este modo probablemente se salvó de la muerte; porque en aquel instante vió salir un bulto negro de detrás de una esquina, brilló ante sus ojos un largo puñal, y un clérigo que se hallaba á su lado cayó en tierra dando un gemido, mientras el asesino se retiraba por la misma calle de donde habia salido, perseguido de cerca por la multitud.

Filemon, que corria como un avestruz del desierto, se adelantó en breve á todos, menos á Pedro. Entonces vió destacarse de las esquinas y de los quicios de las puertas varios hombres, que al parecer se pusieron tambien en persecucion del asesino. De repente, despues de haber corrido unas cien varas, se detuvieron al llegar á una bocacalle: el asesino se detuvo tambien, y Pedro, sospechando alguna celada, acortó el

paso y asió el brazo de Filemon, diciéndole:

—¿No ves gente allí en la sombra?

Pero antes de que Filemon pudiese responder, salieron de la bocacalle treinta ó cuarenta hombres con los puñales en mano y recibieron á los fugitivos en sus filas. ¿Qué significaba aquello?

—He venido á ver el mundo, pensó Filemon, y me parece que voy viendo ya demasiado.

Pedro volvió piés atrás, y echó á huir con la misma presteza con que habia corrido detrás del asesino; y Filemon le siguió considerando que la prudencia es la mejor parte del valor.

—Hay, dijo, gente armada al fin de la calle.

—¡Asesinos! ¡judíos! ¡conspiracion para asesinarlos! gritaron multitud de voces.

El enemigo en efecto se presentó á la vista adelantándose lentamente y en silencio; veíanse brillar los puñales á la claridad de la luna, y la multitud de los cristianos retrocedió guiada siempre por Pedro y seguida de mala gana por Filemon.

Apenas éste habia retrocedido diez ó

doce varas, cuando oyó á sus piés una voz lastimera:

—¡Socorro, misericordia! no me dejéis aquí para que me asesinen: soy cristiana.

Filemon se detuvo y levantó del suelo una negra, llorando, temblando y con el vestido lleno de girones.

—He salido de casa cuando oí que se quemaba la iglesia, y los judíos me han herido y maltratado, dijo la pobre muger: me han roto y llevado el manto y la túnica; y antes de que pudiera salvarme, los cristianos han pasado corriendo por aquí y me han dejado caer en tierra. Ahora cuando vuelva á casa, si puedo volver, mi marido me dará de golpes. . . . ¡Pronto, pronto, retirémonos á esa callejuela, que nos matan!

En efecto, el grupo de hombres armados estaba ya junto á ellos y no habia tiempo que perder. Filemon, prometiéndole á la negra que no la abandonaria, la llevó hácia la callejuela que le habia indicado. Pero sus perseguidores habian notado este movimiento, y mientras seguian por la calle principal, se destacaron tres ó cuatro del grupo para darles caza. La pobre negra iba co-

jeando, y Filemon desarmado volvía la cabeza atrás á cada instante. No tardó en ver brillar los puñales de sus enemigos; y encomendando su alma á Dios, se dispuso á morir como cristiano y como monge. Sin embargo, la juventud nunca pierde la esperanza: hizo entrar á la negra en un oscuro portal, donde su color podia contribuir mucho á mantenerla oculta; y apenas habia tenido tiempo para esconderse detrás de un pilar, cuando llegó el primero de sus enemigos. Filemon detuvo el aliento temblando. ¿Le vería su enemigo?—No moriré á lo menos sin defender mi vida, dijo para sí.—Pero no, el del puñal no le habia visto, y siguió adelante. Un momento despues llegó otro corriendo, vió á Filemon de repente, y asustado retrocedió. Este movimiento salvó al jóven, el cual, ligero como un gato, se lanzó sobre él, le tiró en tierra de un solo golpe, le arrancó el puñal y se levantó justamente á tiempo de herir con él la cara del tercer perseguidor. Este último, echándose mano á la parte herida, volvió piés atrás uniéndose á otro de sus compañeros; pero Filemon, animado con su victoria, persiguió á ambos asestán-

doles cinco ó seis golpes, mas que afortunadamente procedian de una mano poco práctica; y ellos, maldiciendo en una lengua desconocida, huyeron dejándole solo con la negra y el otro asesino, que aturdido del golpe, yacía todavía en el suelo.

Todo esto fué obra de un minuto. La negra se arrodilló en el portal y comenzó á dar gracias al cielo por su inesperada salvacion. Filemon estaba á punto de hacer otro tanto, cuando le ocurrió súbitamente una idea. Acercose al judío, le quitó el manto y se lo dió á la pobre negra, considerándolo como derecho de conquista. . . . En esto una gran turba de gente llenó la calle antes de que pudieran advertirlo. . . . Desesperados, iban sin embargo á huir; pero, ¡oh júbilo! á la luz de la luna Filemon conoció á Pedro.

—¡Hola, muchacho! ¿Estás salvo? Dios sea loado; te habiamos creído muerto. ¿Quién es ese? ¡Ah! un prisionero: nosotros traemos otro que salió de esta calle corriendo, y sin duda debe haber pasado por aquí.

—En efecto pasó, dijo Filemon, y este es su compañero.

Los dos asesinos fueron en breve atados codo con codo, y la multitud se dirigió de nuevo á la iglesia de San Alejandro con el objeto de apagar el incendio.

Filemon miró en derredor de sí en busca de la negra, pero habia desaparecido. No quiso por lo mismo decir nada de ella, sin embargo de que deseaba volverla á ver; y en vez de creerla ingrata por no haberse detenido á contar lo que habia hecho por ella, le agradecia que desapareciendo oportunamente hubiese evitado una mortificación á su modestia.

—¡Es singular! pensaba Filemon: no hace mas que cuatro dias que salí del monasterio con el propósito de no mirar á una muger, y ya he formado conocimiento con una multitud de mugeres. Es verdad que habiendo la Providencia enviado á este mundo tantas mugeres como hombres, es difícil huir enteramente de ellas; y quizá el Señor las crió con intencion de que fueran de alguna utilidad para el otro sexo.... No arguyas, pobre Filemon, no arguyas: la iglesia de San Alejandro está ardiendo. ¡Adelante!

Y adelante siguió la multitud confusa, compuesta de algunos monges, de los parabolanos y de populacho, llevando en el centro á los prisioneros judíos, que obstinadamente se negaban á responder á todas las preguntas que se les hacian sobre la conspiracion en que habian tomado parte.

—¡No ha de quedar mañana un judío en Alejandria! decia el populacho furioso: es preciso lanzarlos á todos de la ciudad como la peste que la inficiona.

En vano los monges procuraban calmar aquella efervescencia.

—¡Fuera los judíos! gritaba la multitud: nos han querido asesinar. No estaremos seguros mientras no nos veamos libres de ellos.

Al volver la esquina de una calle se abrieron las dos hojas de la puerta de un grande edificio, y por ella salió una larga fila de hombres cubiertos de resplandecientes armaduras, que formando en medio de la calle, descansaron en tierra sus lanzas dando un solo golpe y quedando inmóviles. La multitud que se adelantaba retrocedió un paso, y varias voces aterradas dijeron: ¡los estacionarios!

—¿Quiénes son esos? preguntó Filemon en voz baja.

—Los soldados, los soldados romanos, le contestaron en el mismo tono.

Filemon, que iba de los primeros había retrocedido también sin saber por qué al ver aquella súbita y terrible aparición; pero en seguida volvió á adelantarse todo lo mas posible.... ¡Aquellos eran soldados romanos! ¡los conquistadores del mundo!.... Los hombres cuyo nombre no había oído desde su niñez sino con pavor y admiración.... ¡Soldados romanos! ¡Al fin se veía cara á cara con ellos!

Su curiosidad, sin embargo, se vió repentinamente contenida, pues asiéndole del brazo uno que parecia oficial, á juzgar por los adornos dorados de su casco y coraza, levantó la espada con aire amenazador sobre su cabeza, y dijo:

—¿Qué significa esto? ¡Por qué no estais tranquilos en vuestras camas, canalla?

—La iglesia de San Alejandro está ardiendo, contestó Filemon.

—Tanto mejor, dije el oficial.

—Y los judíos están asesinando á los cristianos, añadió uno de la turba.

—Pelead con ellos, respondió el oficial. Vamos adentro, muchachos; no es nada, no es mas que un pequeño alboroto.

Y la aparición se disipó inmediatamente, volviendo aquellos hombres cubiertos de acero á entrar por la puerta por donde habian salido, mientras la corriente popular, una vez removida aquella barrera, seguia adelante con mas impetuosidad que nunca.

Filemon siguió con la corriente, pero no sin cierto sentimiento de despecho. —¡Un pequeño alboroto! decia entre sí, repitiendo las palabras del oficial. De manera que la corporación de los parabolanos, la iglesia de San Alejandro, el asesinato de los cristianos por los judíos, las persecuciones que sufría la fé católica, todo esto era insignificante para aquellos cuarenta hombres solos en medio de miles de personas, y tranquilos con el convencimiento de su fuerza y del poder de la disciplina. Sentíase humillado por aquellos soldados, y se vió todavía mas cuando al cabo de haber caminado largo rato, una voz de muger gritó desde una ventana que no

era cierto que la iglesia de San Alejandro estuviere ardiendo; que ella habia subido al terrado de su casa, como lo habrian podido hacer los demas, si no hubieran sido tantos, &c., y que habia visto que la iglesia estaba sin novedad.

La multitud arrojó á la ventana por via de respuesta un par de pedradas, y en seguida hizo alto y comenzaron las indagaciones. Nadie habia visto la iglesia arder, ni hablado á persona que la hubiese visto; nadie sabia quién habia dado el primer grito de fuego. Además, la iglesia de San Alejandro distaba aun dos millas, y cuando llegase la multitud, si en efecto se habia quemado, debería estar ya reducida á cenizas: esto sin contar con las celadas que habian preparado los judíos en todas las calles que conducian á aquel templo. Pareció, pues, prudente retirarse por aquella noche; y los mas cautos, aquellos que guiados por un sentimiento piadoso habian acudido á salvar de las llamas un templo del Señor, luego que vieron que sus esfuerzos habian sido inútiles, se fueron separando poco á poco de la turba, á medida que esta retrocedia hácia el Serapeo. Allí los que quedaban halla-

ron nuevos grupos de populacho reunidos para informarles que habian sido engañados; que la iglesia de San Alejandro no se habia quemado; que los judíos eran los que habian esparcido la voz de fuego para aprovecharse de la confusion y matar á los cristianos; por último, que todo el barrio de los israelitas estaba armado y en marcha para caer sobre ellos.

Al oír esta última noticia, todo el mundo trató de defenderse, y retirándose á la casa del arzobispo y á las inmediatas, se cerraron y atrancaron las puertas, se colocaron vigilantes y se hicieron los preparativos de un sitio.

Una hora despues se oyó en lo alto de la calle un gran ruido de pasos; miles de cabezas salieron á las ventanas para observar al enemigo, mientras Pedro bajaba corriendo á las cocinas para hacer calentar las calderas, pues tenia gran confianza en la fuerza defensiva del agua hirviendo. La luz de la luna brilló despues sobre una larga fila de cascos y corazas. ¡Gracias al cielo! Eran los soldados.

—¿Vienen los judíos?

—¿Está la ciudad tranquila?

—¿Por qué no habeis impedido esta infamia? Mil ciudadanos de Alejandria caian asesinados mientras vosotros roncábais.

Estas y otra multitud de preguntas y exclamaciones como estas saludaron á los soldados al pasar.

—¡Cada mochuelo á su olivo! ¡A dormir, canalla vocinglera, ó pondremos fuego al corral! dijeron los soldados.

Un grito de indignacion y de desafío contestó á este atento discurso, y los soldados, que no querian habérselas con las piedras y el agua hirviendo, siguieron tranquilamente su camino.

El peligro habia pasado: sin embargo, la prudencia exigia que los que se hallaban fuera de su casa aguardaran la luz del dia para volver á ella; y así cada cual se acomodó donde pudo para pasar el resto de la noche. Filemon se tendió en un rícon y durmió como un niño, hasta que al rayar el dia le despertó uno de los parabolanos.

No todos, sin embargo, hicieron lo que Filemon. Entre aquella multitud habia algunos de la poblacion griega, antiguos gentiles, de pasiones feroces y de codicia desenfrenada, que habían

abrasado ostensiblemente la fé cristiana, pero que ni la conocian, ni la apreciaban, ni pretendian valerse de ella sino para satisfacer sus viciosos instintos. Estos eran los que promovian todos los disturbios, los que estaban siempre prontos á excitar los furros del populacho, nunca á olvidar sus miserias, y los que se ponian al frente de todo motin donde hubiera la menor probabilidad de robo y de saqueo. Varios de ellos, lobos con piel de oveja, se habían introducido en la corporacion de los parabolanos, para estar siempre en contacto con la multitud, de quien pensaban servirse; y otros, afectando un celo hipócrita por la causa de Dios, habían sabido ganarse hasta cierto punto la confianza del arzobispo, y mas de una vez se habían valido de su nombre para sus fines.

En una de las oscuras celdas del corredor de que antes hemos hablado, se reunieron á la sazón, mientras los demas dormian, Pedro, Teopompo, Clitias y otros, conocidos en los diversos barrios por haber excitado ya en otras ocasiones los excesos de la muchedumbre. Cirilo les habia llamado, como á otros muchos, é impuesto la obligacion



de calmar los ánimos; mientras él, después de haber dado aviso al prefecto de las maquinaciones de los judíos, trataba, en su conferencia con los rabinos, de exigir á éstos la promesa de que mantendrían la tranquilidad entre sus sectarios.

—No hay que esperar nada de esos infieles, dijo Pedro: mirad cómo han cumplido la palabra que dieron sus gefes al santo patriarca.

—Tanto mejor, añadió Clitias: así ellos nos ofrecen la ocasion de acabar con todos de un golpe. Aprovechemos las circunstancias: la irritacion del pueblo es grande; si le decimos que es orden de Cirilo, mañana al romper el dia caerá sobre el barrio judío, y á la tarde no habrá un israelita en toda la ciudad.

—Para obrar en nombre de Cirilo y no en el nuestro, se necesita mas precaucion que la que te figuras, dijo Pedro. Nadie creerá que el patriarca manda asesinar á personas indefensas, á mugeres, á niños, por mas que pertenezcan á una aborrecida secta.

—Paréceme que hay medio de conciliarlo todo, dijo Teopompo. Nosotros hemos sido llamados por el patriarca.

Esparciremos la voz de que habiendo faltado los rabinos á su palabra, de que habiendo querido los judíos asesinar á los cristianos, y no pudiendo contar con el apoyo del prefecto para defenderlos, Cirilo consiente, para evitar mayores males en lo sucesivo, que la multitud se encargue, no de matarlos, pero sí de expulsarlos de la ciudad. Diremos que la gloria de Dios exige que se invadan sus casas; que el patriarca prohíbe todo insulto personal, pero que entrega sus bienes al pueblo; y de este modo levantaremos treinta mil hombres, deseosos de hacer conocimiento con el oro y las joyas de los israelitas. Por lo demas, cada uno de nosotros conoce las casas adonde debe dirigirse.

—¿Y si Cirilo llega á saber?....

—Cuando lo sepa, lo cual es difícil, no podrá remediarlo, y al cabo se regocijará de encontrar la ciudad libre de enemigos tan terribles y molestos.

Luego que estos dignos compañeros arreglaron su plan y convinieron hasta en sus menores detalles, se separaron y salieron cada uno por su lado para prepararlo, no dudando del buen éxito, merced á la ignorancia y codicia de la

plebe alejandrina, al odio que inspiraban los judíos, y que ellos parecían que trataban de justificar con sus maquinaciones, y á la ciega obediencia con que se prestaban los cristianos á cumplir las órdenes que se les comunicaban como procedentes de su patriarca.

## CAPITULO VI.

### EL NUEVO DIÓGENES.

Hacia las cinco de la mañana del día siguiente, Rafael Aben-Ezra se hallaba tendido en la cama, unas veces bostezando y leyendo al mismo tiempo un manuscrito de Filon Judío, otras tirando de las orejas á su mastín, otras contemplando el chorro de la fuente, que se elevaba desde el patio hasta la altura de la ventana, é impacientándose porque todavía el muchacho que le servía no había entrado á decirle que estaba preparado el baño.

—¡Ah! ¡pobre de mí! decía meditando en alta voz. Héme aquí otra vez en el punto de partida. . . . ¿Cómo me libraré

de esa sirena de los gentiles? ¡Mala peste cargue con ella! Creo que voy á concluir por amarla. . . . y aun no estoy libre de inclinarme ya hacia ella un poco. En efecto, recuerdo que me puse absurdamente alegre cuando aquel majadero me dijo que no se atrevía á aceptar mi modesta oferta. ¡Ja. . . . ja! . . . . ¡qué delicioso sería ver á Orestes inclinándose ante maderos y piedras, y á Hipatia instalada en las ruinas del Serápeo como gran sacerdotisa de la Abominación de la Desolación! . . . . Y ahora. . . . De todos modos, los cielos y la tierra son testigos de que he combatido con valor. . . . ¡Qué podía hacer un pobre hombre mas que tratar de casarla con cualquiera otro, con la esperanza de acabar de una vez? En fin, toda mariposa tiene su luz y todo hombre su destino. . . . Pero, ¡qué osadía y qué imaginación tiene la tontuela! Se ha propuesto sin duda ser otra Zenobia con Orestes por Odenato y Rafael Aben-Ezra, para hacer el papel de Longinos. . . . y recibir en pago el hacha ó el veneno de Longinos. Ella no se cuida de mí; ese cruel y fanático arcángel me sacrificaría, y á otros mil como yo, para lavar